

Hacia fines de la época, después de 1968 y en los primeros años setenta, ser considerado artista de vanguardia deja de ser una posición de valor, lo que en muchos casos condujo al abandono del arte, a la supeditación de los artistas a los mandatos de las organizaciones políticas, al renunciamiento a su condición (de intelectuales), desplazado al hipotético día-después-de-la-revolución.

Se podría leer el anti-vanguardismo como una forma específica del anti-intelectualismo que atraviesa entonces al campo cultural argentino, fuertemente imbricado con el populismo (que ve en la vanguardia una elite anti-popular) y el nacionalismo (la vanguardia como moda extranjerizante).

Asociada a la definición como vanguardia aparece una batería de conceptos que proponen los mismos partícipes de este movimiento para nombrar lo que hacen. Entre ellos, el teórico, happenista y animador de la escena experimental Oscar Masotta postulaba en 1967 de modo excluyente: “En arte sólo se puede ser hoy de vanguardia”.¹⁰ Y asociaba esa noción a las ideas de ruptura, desmaterialización, ambientación y discontinuidad. Por su parte, el artista Ricardo Carreira propuso la noción de *deshabitación* para designar el efecto que debía provocar el arte, tan incómodo que resulte intolerable para la buena conciencia adormecida. En un sentido semejante, el artista Edgardo Vigo empleó el término *revulsión*.¹¹ Y notaba que en el arte (o al menos en sus nuevas formas de practicarlo) no había ya representación sino *presentación* o huella, lo que conlleva una ruptura con la condición idealista del arte como reflejo o ventana al mundo. *Presentar* es señalar la condición material y construida del objeto artístico, su capacidad de invención.

En síntesis, estamos ante una serie de pugnas (teóricas y empíricas), en la que no solo intervienen los propios grupos de artistas experimentales sino también otras posiciones del campo artístico, los gestores institucionales, los críticos especializados y masivos, el público, los intelectuales y militantes políticos de las distintas vertientes de la izquierda. Todos contribuyen a definir el sentido de “vanguardia” como complejo artefacto verbal en continua disputa.

Partir del cruce entre vanguardia y revolución nos lleva a indagar cómo los artistas inscribieron (o quisieron inscribir) sus producciones e ideas en la imaginación utópica de una nueva sociedad y en los programas políticos concretos que apostaban a una transformación radical de las condiciones de existencia.

¹⁰ MASOTTA 2004.

¹¹ DAVIS 2009a: 283-298.